

CARVAJAL Y SAAVEDRA, MARIANA DE (1610-15?-1663-66?)

*EL AMANTE VENTUROSO*

Acabada la referida relación, dieron las gracias a don Vicente, alabando el recato de Doristea.

Respondió don Antonio:

-Señores aunque vuestras mercedes tienen razón de alabar esta dama, no excusaré decir que nació del temor que tuvo al suceso de Claudio. Aténgome al recato de mi señora doña Leonor, pues, en dos años que habemos gozado de tan honrada vecindad, ha sido menester que mi madre enviude para merecer verla en esta sala. Que si Doristea se guardó de don Carlos, fue temiendo no ser desgraciada.

Respondió doña Lucrecia:

-Quiera Dios que la señora doña Juana salga de sus cuidados, que yo te prometo que la tendremos tan de espacio que no nos la pueda quitar.

Contenta la prudente madre de verla tan declarada, le dijo:

-Hoy la tiene vuestra merced para servirse de ella y de mí, pues será Leonor la dichosa.

Mudó semblante don Enrique con el pesar de verlas tan declaradas. Y doña Lupercia, arrebatada de los encubiertos celos por estar inclinada a don Enrique (no lo había dado a entender sino a doña Lucrecia, con quien descansaba de su amorosa pena), dijo:

-De lo que me espanto yo es de ver lo poco que responde el señor don Enrique a nada de lo que se dice. Sin duda tiene el corazón bien empleado, pues le tiene tan divertido.

-¡Y cómo, señora -dijo don Enrique-, que el empleo de mi corazón fuera de los mayores que tiene el mundo a ser yo más dichoso! Mis pocos méritos me hacen desgraciado.

-No tanta desconfianza -dijo doña Lucrecia-, que yo sé de alguna dama noble y rica que se tuviera por contenta de darle a vuestra merced la mano.

Parecióle al discreto vizcaíno eran palabras de cuidado y perdida la esperanza del casamiento que deseaba, no quiso perder la ocasión, y respondió:

-Ojalá que vuesa merced me casara y me diera un buen día, pues cosa de su mano no dudo de que sería muy buena.

Con esto, se despidieron por ser tarde, quedando doña Lupercia citada para el día siguiente. Esperó el cuidadoso caballero a que entraran en sus cuartos y volviendo a ver a doña Lucrecia, la preguntó si era donaire lo que le decía, añadiendo:

-Sáqueme vuesa merced del cuidado en que me ha puesto.

Respondióle que doña Lupercia lo estimaba, diciéndole:

-De su calidad y riqueza no hablo, pues ya se sabe. Si le parece a propósito, háblele vuesa merced a su tío don Alonso.

Respondióle:

-No hay duda de que lo haré, y no pasará de mañana. Don Alonso es mi amigo, y como es Secretario de Cámara, sabe mi nobleza por los papeles de mis pretensiones. Seguro estoy de que no me negará la demanda.

-No le diga vuesa merced nada, por que no se recate.

Estos días prometió hacerlo, aunque no lo cumplió, por darle a su amigo la buena nueva.

Otro día, fueron los dos amigos a dar las pascuas a don Alonso y tratando de la intención que llevaba, lo tuvo por bien. Quedó concertado que, en pasando las vacaciones, se haría el casamiento. Y don Vicente le dio a entender la pretensión de doña Gertrudis, diciéndole:

-Tome vuesa merced la mano en amparar mi intento, pues lo debe a mi voluntad.

Respondió don Alonso:

-Vuesa merced es tan abonado que me parece excusada la intención. Mas, por servirle, haré lo que me manda.

Despidiéronse, y venidos a casa, le pareció a don Enrique enviarla a su esposa (como ya la miraba, con ojos de amante) algunos regalos. Y con el achaque de aguinaldo, sacando un azafate de enrejada plata, puso en él una piel de armiño, engarzadas en oro manos, pies y cabeza; asida una bandilla, se lo envió con otros regalos de mesa, diciendo que guardara las manos en aquel armiño, porque temía que no se derritiera la nieve al calor de los bien encendidos braseros de la señora doña Lucrecia.

Estimó la demostración, y quiso darlo a entender. Y remitiéndole dos pares de medias y una bigotera de ámbar bordada, le envió a decir que por ser labor de sus manos se atrevía, y que le prometía guardarlas para emplearlas en cosas de su servicio.

Llegada la hora de la gustosa junta, agradeció las medias, diciendo eran de las mejores que había visto, dando a entender traía puestas las unas.

-Porque se trata de medias -dijo doña Juana-, yo tengo otros dos pares, y que, por haber salido la seda más entera de lo que se usa, las ha despachado Leonor; y me parece serán a propósito para que el señor don Antonio las rompa debajo del luto.

Mandó a un criado las trajera y doña Leonor, al darlas, dijo a doña Lucrecia:

-Perdone vuesa merced el atrevimiento, y estime la voluntad.

Respondióle:

-Y cómo que la estimo, y en verdad que la pago.

Sabía que su hijo, antes que su padre muriera, había ganado unas joyas y mirándole, le dijo:

-Pues estos caballeros han dado aguinaldo, mirad si soy hombre para pagar estas medias, que sentiré que me dejéis corrido.

-Siempre lo estará vuesa merced -respondió don Antonio-, pues todo lo que yo hiciere será poco para premio que merece tanto favor.

Y levantándose de donde estaba, abrió un escritorio y sacando cinco vueltas de cordón de oro en que estaba asido el retrato a una colonia y unas arracadas de perlas, lo puso en una salvilla. Y dándosele a su madre, la dijo:

-Mire vuesa merced si puedo atreverme a dar esta niñería, pues vuesa merced se declara en mi favor: mire esa iluminación.

Miróla, diciendo:

-En verdad que, si no me engaño que es su retrato.

Respondió, riéndose:

-No me costó poco desvelo tener esta dicha para consolar las penas que su dueño me da, que las madrugadas de mi señora doña Juana me tuvieron cuidadoso de no perderla.

Sonrióse doña Leonor el rostro con la honestidad, y doña Lupercia dijo:

-Señoras mías con los aguinaldos nos divertimos. Cenemos, que es tarde, por que diga mi suceso.

-Todo es menester -dijo doña Lucrecia- para divertir las horas del invierno, que, a no estar tan entretenidas, no se pudieran llevar las noches.

Cenaron, regalándolas con diversidad de regalos, y después de las debidas estimaciones, sentándose donde la oyeran todos, dijo:

-Si del suceso que tengo de referir fue testigo mi padre, por hallarse, pues, en todo el desposorio de El amante venturoso (que este nombre le daremos), otro amante que desea serlo -dijo don Enrique- ha de estorbar por ahora que vuesa merced lo refiera tan presto, por ser tan temprano. Y si lo digo, será fuerza, en acabando de contar, el retirarnos. No será razón que nos dure tan poco la dicha.

-Tiene razón el señor don Enrique -dijo doña Juana-. Cántese algo.

Tomaron los instrumentos diciendo:

-No quede por eso el gozar de la gloria, pues la música es parte del Cielo.

Sabía doña Lupercia una letra que venía a propósito de lo que se decía, y al descuido, pidió a doña Gertrudis que la cantaran en los siguientes versos:

*Si cuando la pena es grande  
atormenta el corazón,  
cuando es tan grande la dicha  
el gusto será mayor.*

*«No dudéis de mi firmeza,  
pues correspondido amor  
con los efectos del alma,  
siempre crece a ser mayor.*

*«Gigante, aunque rapacillo,  
no es ciego para el favor,  
pues penetra por la venda  
como lince la intención.*

*«Valiente a los imposibles  
se arroja, porque el temor  
no le quite de cobarde  
el triunfo de la ocasión.*

*«No tema el que es fino amante  
la mudanza ni el rigor,  
pues le asegura la dicha  
la Fineza de su amor.*

*«Viva seguro Fileno  
de que siempre quien sembró  
ha de coger, con el tiempo,  
el triunfo en la posesión.»*

*Esto cantaba Gileta,  
y Fileno respondió:  
«Si la tierra no es ingrata,  
no dudo del tiempo yo.»*

*Respondióle Gileta:  
«Si yo te quiero,  
sólo puede la muerte  
borrar mi intento.»*

No quiso don Enrique adelantarse a decir nada, dando a entender conocía el disimulado favor, por parecerle que doña Lucrecia no le diría nada de lo que estaba tratando. Y pidiendo a doña Leonor cantara, tomó la vihuela y sin resistir, cantó las coplillas siguientes:

*Díganme los que saben  
qué cosa es amor,  
si en la pena que sienten  
consiste el favor.*

*Todos miro que lloran;  
yo no lo entiendo,  
pues amar es lo mismo  
que estar muriendo.*

*Yo digo que son necios  
los amadores,  
pues las penas que pasan  
llaman favores.*

*Respondióme un amante:  
«Muy poco sabe  
quien no compra los gustos  
con los pesares.*

*«Que el amor es de almíbar,  
y se empalaga  
quien no prueba las flores  
de la retama.»*

Con esto cesó la música quedando todos muy regocijados de lo bien que había cantado, y doña Lupercia dijo así:

En la insigne Zaragoza, ilustre cabeza del reino de Aragón, tan celebrada en los aplausos de la admiración, cuanto digna de la inmortal fama que goza, como suntuoso relicario de la Emperatriz de los Cielos, María, Señora Nuestra, concebida sin pecado original, que goza el título de la Virgen del Pilar, como poderoso atlante, sustentando en los hombros de su caridad la máquina terrestre, vivía un caballero, tan ilustre en la sangre como poderoso en la riqueza, llamado Ricardo Milanés. Tenía en dichosa sucesión dos hijos; uno varón, llamado Carlos; y la niña, Margarita, de cuyo parto murió su amada esposa.

Vivía frontero de las casas de Ricardo otro ilustre caballero, no menos aventajado en la calidad que en riqueza, natural de Cataluña, llamado Octavio Esforcia. Vivía de asiento en Zaragoza por haber casado allí con una dama aragonesa, igual en todo a su mucha riqueza y calidad, de la cual tuvo una hija, llamada Teodora. Estaba Octavio vitido y respeto de la mucha vecindad y soledad afligida, trabaron estos dos nobles caballeros una estrecha y firme amistad, entreteniéndolo el tiempo en gustosos y honestos pasatiempos. Los niños, a imitación de sus padres, gastaban sus amorosos y corteses cumplimientos.

Era Carlos de doce años y venido a Zaragoza un tío suyo hermano de su padre caballero tan esforzado que por su mucho valor gozaba los honoríficos aplausos de capitán aventajado y coronel mayor de los Tercios de Flandes, y viendo a Carlos en tan hermosa juventud, con gusto de su hermano se le llevó deseoso de aumentar en las lenguas de la fama los honorosos y antiguos blasones de su ilustre ascendencia.

Quedaron las dos hermanas niñas unidas al estrecho lazo de amorosa correspondencia aunque era Margarita la obligada a las visitas, porque Teodora por los continuos y prolijos achaques de su padre, no salía de casa, y las horas que Ricardo faltaba de la suya se iba con su amiga, entretenidas las dos en el curso de sus curiosas labores, dando a Octavio ratos de mucho gusto con la suavidad de sus angélicas voces.

Llegó Teodora en su hermosa juventud a la edad florida de los dieciocho años, tan adornada de fortuna y naturaleza, que se puede decir sin encarecimiento que estas dos basas en quien se fabrican las humanas dichas andaban en competencia apostando lucimientos en que Teodora como en espejo cristalino reconociera los altos merecimientos de su ilustre sangre; la singular hermosura, tan celebrada de todos que la llamaron el milagro de aquel tiempo, sin dar envidia a las demás aragonesas, pues fuera la Fortuna inconstante si diera lugar a la emulación, que, preciada de escurecer tan soberanos resplandores de dama las oscuras nieblas de su voraz envidia.

Ocupó Carlos ocho años en servicio de la Sacra Majestad de Felipe Segundo, con tan dichosos aciertos y próspera fortuna que su Majestad le honró con un hábito de Alcántara encomendándolo con seis mil ducados de renta, sin otros ricos despojos que ganó por su mucho valor. Cayó Ricardo enfermo de una peligrosa y mortal enfermedad a tiempo que Octavio y su querida hija estaban en Barcelona. Y fue preciso despachar por la posta al condado de Rosellón adonde a la sazón residía Carlos. Y vista la carta de su doliente

padre, la puso en manos del capitán general, por la cual le fue concedida licencia vista la precisa obligación.

Partió el desconsolado caballero a toda prisa, aunque no fue la que deseaba, pues llegó a su fúnebre casa después de cinco días que su amado padre pasó de esta vida en paz. Halló a la querida hermana acompañada de Antonio Milanés, tío suyo. Renovóse con su venida el justo sentimiento y vistiendo negras y pesadas bayetas, recibió a un tiempo pésames de la presente desgracia y parabienes de su venida.

Cuatro meses pasó en funerales obsequias y en ajustar las cosas de su riqueza partiéndose después a la Corte a concluir un pleito de un mayorazgo y otros negocios importantes. No negoció tan presto que no pasara año y medio sin volver a Zaragoza Y como ya estaban enjutos los ojos y pasados los lutos, volvió con ricas y lucidas galas de soldado, amartelando las damas de Zaragoza con su bizarría. Vivía tan libre de cuidados amorosos que no sujetaba su albedrío.

Cuando llegó a su casa estaba ya de vuelta Octavio Esforcia en la suya, y sabida su venida pasó a visitarle y darle la enhorabuena. Fue recibido de Carlos con amorosas demostraciones. Y al echarle los brazos al cuello le dijo:

-Bien parece, señor Carlos Milanés, que sóis vivo retrato de vuestro honrado padre. Y os aseguro que me entenece el alma el acordarme de la grande amistad que tuvimos los dos.

-Estimaré me mandéis en que os sirva -respondió el discreto mancebo a los ofrecimientos-

Y tomadas sillas, le habló en cosas diferentes. Preguntó en el discurso de la conversación por la salud de la señora Teodora, a que respondió el anciano padre estaba con salud. Replicó Carlos, diciendo:

-¿Y cómo no la casa vuesa merced, para dar gloriosa sucesión a su nobleza?

-No sé qué responda -dijo Octavio-, porque se muestra tan rebelde en tratándola de casamiento que, derramando lágrimas me ha obligado a cerrar la puerta a todos los pretendientes. Quiérola tan tiernamente que no me atrevo a forzarla su voluntad.

-Véala vuesa merced -dijo Carlos- tan bien empleada como deseamos todos sus criados.

Llegada la hora de despedirse se fue Octavio a su casa. Quedó hablando con su hermana en la rebeldía de la condición, y preguntando el curioso caballero si era hermosa, respondió Margarita con tan encarecidas exageraciones que puso deseo a su querido hermano de verla, quedando de acuerdo pagar la visita acompañado de su hermana, para ocasionar a que saliera a recibirla.

Sucedió a medida de su deseo: estaba Octavio en la cama y asistiendo a la visita la honesta dama. Quedó el asaltado caballero asombrado de su belleza, quedando preso su libre corazón. Y por dar más lugar a la gloria que ya le bañaba el pecho, dando a entender

quería divertir al doliente, mandó a un criado le trajera una vihuela. Y después de haber punteado con mucha gala, cantó una letra. Y dejado el instrumento, dijo el enfermo:

-En verdad, señor Carlos Milanés, que no he de quedar esta vez obligado a la merced recibida, que os la tengo de pagar muy de contado, porque veáis que deseo serviros.

Y mirando a su hija, la dijo:

-Por tu vida, Teodora, que me saques de este empeño pagando por mí esta deuda.

La obediente dama mandó a una criada le trajese una arpa y después de muchas y galantes diferencias, dando al aire el dulce acento de su voz, cantó los versos siguientes:

*De los ojos de Lisarda  
llevaba flechas Cupido,  
recogidas en su aljaba,  
para tirarle a Leonido.*

*Sintió el pastor sus arpones,  
y djóle al verse herido:  
«Si son de Lisarda, ciego,  
mira no pierdas el tiro.*

*«Aunque tiras a matarme,  
tu crüel rigor estimo,  
contento de ver que muero  
por objeto que es divino.*

*«El oro de su cabello  
voy siguiendo, aunque perdido,  
gustoso de no hallar  
la puerta del laberinto.*

*«Teseo, para salir,  
llevaba en la mano el hilo,  
que a un ingrato le está bien  
preciarse de fugitivo.»*

*Escuchaba la pastora  
el amante enternecido,  
y tocando un instrumento,  
de aquesta suerte le dijo:*

*Si el amor os hiere,  
pulido zagal,  
yo seré el cirujano*

*que os ha de curar.»*

Cantó con tan dulces quiebras y pasos de garganta los referidos versos, que el enternecido amante estaba fuera de su acuerdo. Y la honesta dama, reparando en su elevada suspensión, dejó el instrumento, dando lugar a que se despidieran los agradecidos hermanos.

Ocho días pasaron sin que Margarita visitase a su amiga, y apretándole los dolores de la gota a Octavio, envió a suplicar a Carlos pasase a divertir su penosa melancolía. Pidióle a su hermana se pusiese a toda prisa el manto, para obligar a Teodora que saliera a recibirla. Fue fuerza asistir en la sala de su padre Carlos, por divertir su achaque. Pidiendo una vihuela después de haberla punteado con extremado despejo, se levantó, danzando un canario con intrincadas mudanzas.

Divertida Teodora con verle danzar, se llevó de la consideración de su mucha bizzaría; y reconociendo tan repentina mudanza, vueltos los hermanos a su casa, dando de cenar a su padre y orden a los restante de su gobierno, mientras cenaban las criadas se retiró a su recogimiento. Y sentada sobre una bordada cama, torciendo sus blancas manos, hablando con sus nuevos pensamientos dijo así: «¿Qué es esto, Teodora? ¿Cómo habéis dado lugar a tan extraño cuidado? ¿Dónde están los antiguos recatos de vuestra honestidad? ¿Cómo habéis permitido que Carlos Milanés os robe el alma? ¿Qué será de vos si el dueño que habéis escogido, llevado de otros amorosos cuidados, se precia de cruel? ¡Desgraciada de mí! ¡En fuerte hora llegó mi nacimiento...!» Y derramando copiosas lágrimas, quedó tan inmóvil que pudo pasar plaza de cristalina estatua. Y entrando las criadas a desnudarla, pasó lo restante de la noche en congojadas ansias y ardientes suspiros.

El día siguiente, mandó llevar los bastidores de sus curiosas bordaduras a una sala que caía frontero de las casas de Carlos, dando a entender lo hacía por el calor, para ver despacio a su nuevo dueño. Fiaba en las guardas de los balcones, por estar adornados de espesas y tejidas celosías y lustrosas vidrieras.

El penado caballero, sintiéndose indispuerto, convocó todos sus amigos, para que a la puerta de su sala (por ser la calle anchurosa) se inventasen diversos y entretenidos juegos. Unas veces de esgrima, otras de sortija y estafermos, sólo a fin de que su señora ocupara los balcones. Y no consiguiendo el fin de su amoroso cuidado (porque Teodora gozaba de todo, sin ser vista de nadie), una tarde, arrebatado de sus mortales congojas, hablando con su hermana, la dijo:

-Ocho meses ha, amada Margarita, que muero desesperado de mejor fortuna, y he pensado que mi señora Teodora todas las fiestas que consagro al templo de su hermosura entenderá que son entretenimientos de caballero mozo por divertir el tiempo. Y he determinado esta noche darla a deshora una música en aquella calle que está junto a su casa, pues me decís que las ventanas de su dichoso albergue caen en aquella parte. Y si esta diligencia no surtiere efecto, os ruego que tengáis por bien de elegir el estado que más os convenga, para que, dejandóos en pacífica quietud, me vuelva yo a la guerra, para

perder en ella la vida, que ya me cansa, si no es que me la quite primero la que tengo en el alma.

Escuchó la afligida hermana la triste relación, derramando hermosas y cristalinas perlas. Le consoló con sabrosos cariños y prudentes consejos, aprobando por buena su determinación, gustoso de la buena acogida que halló. Entretuvo lo restante de la tarde en dar las voces a dos criados músicos que tenía en su servicio.

Pasada la medianoche, se fue a la referida calle a propósito de su intento, por ser angosta y poco pasajera. Y puesto debajo de las ventanas de su hermoso cielo, mandó a los criados dieran principio al sonoro rumor. Después de haber cantado los criados las letras prevenidas, tomando Carlos el instrumento, cantó solo la letra que se sigue:

Luchando con imposibles  
me admiro de mi pasión,  
pues vivo de lo que muero  
muriendo de mi dolor.

Divino objeto, a quien rindo  
un amante corazón,  
carácter en quien se imprime  
la imagen que adoro en vos.

Escuchad mis tristes ansias  
que un serafín es rigor  
que se precie de crüel,  
pues es deidad superior.

No os pido que me premiéis,  
si es gloria, que entiendo yo  
que el amar sin esperanza  
son quilates de mi amor.

Sólo quiero que entendáis  
que ya tan perdido estoy  
que en no hallarme está mi dicha  
cuando me pierdo por vos.

A un tiempo sin competencia,  
señora, estamos los dos  
conformes en los efectos,  
aunque desiguales son.

Vos atenta a los recatos  
a que obliga el pundonor,  
y yo atento a respetarlos,

pues piden veneración.

Había salido Teodora, por divertir sus melancolías, a una celosía, y reconociendo a su reinclinado amante, arrebatada del repentino gusto, considerando no había en la calle otra persona a quien se le pudieran cantar los versos referidos, retirándose de la ventana, dijo así: «¡Ya, Teodora te puedes llamar dichosa y solemnizar con repetidos elogios tu ventura, pues Carlos, a quien rendiste el albedrío, te ama con tal extremo que puedes romper la cárcel del silencio en que has tenido presa tu bien empleada voluntad! ¡No hay que esperar, que si matas tu misma vida, morirás de infeliz! Carlos te estima, igual a tí en calidad y aventajado a todos los necios que te pretenden, ignorantes de que eres esclava y sin licencia de tu dueño no puedes disponer de tí. ¡Demos principio a la felicidad que ya deseas, pues el Cielo dispone tu mayor dicha!» Y diciendo esto y otras amorosas razones, tomó la pluma, cifrando en corto decir mucho sentimiento, con intención de darlo otro día a su querida amiga.

No se descuidó Margarita de aliviar las penas de su hermano, y pasando a visitarla, fue recibida con tan amorosas demostraciones que se prometió alguna novedad. Y retiradas a un jardín, bañando a Teodora el hermoso rostro en purpúreos claveles le dijo:

-Amada Margarita, sólo de tu prudencia fiara yo los secretos de mi rendido corazón: Carlos, mi señor, me dio anoche a entender sus penas, y no me cuestan tan baratas que no puede alegar mayoría en las muchas que me debe. Dale este papel, y cumple por mí como amiga verdadera.

Abrazóla Margarita, con tan locas demostraciones de contento que la ocasionó a sobrada risa. Y despidiéndose a toda prisa, venida a su casa, dijo a su cuidadoso hermano:

-Ya, Carlos, se acabaron mis llantos y los muchos disgustos que me cuestan los vuestros: ¡tomad este papel que vuestra adorada os envía! Ella os le escribe y yo le traigo, deseosa de saber lo que contiene.

Quedó el enamorado caballero tan suspenso que en mucho rato no pudo articular razones. Y besando muchas veces la neme le abrió, leyéndole recio para que su hermana le oyera; el cual decía así:

Amar sin esperanza es valentía  
del amador atento y prevenido,  
pues huye su cuidado del olvido  
a que condena amor en rebeldía.

No temer su rigor con osadía  
hace menor el daño recibido,  
pues cuida de su herida apercebido  
de que su amor no pase a demasía.

El vuestro ha merecido en mi cuidado

la mucha estimación que ya le ofrece  
un corazón que, en fuego transformado,

no huye de las llamas donde crece;  
y si amor con amor queda premiado  
ya tiene el vuestro el premio que merece.

-No hay que esperar aquí -dijo Margarita-, y me parece que habléis a vuestro tío Antonio Milanés y a nuestros deudos, para que le hablen a Octavio Esforcia, pues no ha de negar, conocida vuestra calidad y riqueza, una cosa tan justa.

Parecióle bien a Carlos, y sin detenerse se fue a casa de su tío; y dándole larga cuenta de sus amores le puso el referido soneto en las manos, cosa de que quedó muy gustoso. Y saliendo de casa a buscar otros dos amigos y algunos de sus deudos, se fueron juntos a besar las manos al anciano caballero. El cual, sabida su demanda, respondió:

-Pluguiera a Dios, señor Antonio Milanés, fuera yo tan dichoso que Teodora me obedeciera, pues se muestra tan rebelde que no me atrevo a casarla por fuerza. Y así tengo despedidos muy grandes casamientos. Lo que aseguro es que no ha de ser por mí, si puedo vencerla, pues estimo tanto al señor Carlos Milanés, por lo que merece y por hijo de su padre a quien yo tanto quise.

Quedaron todos contentos, sabida la determinación de la hermosa dama. Y despedidos, prometió don Octavio Esforcia dar la respuesta. El día siguiente fueron a dar a Carlos las buenas nuevas.

Llamando una criada a Teodora, venida a la sala de su padre la dijo la demanda de aquellos caballeros, significándole el mucho gusto que tendría de verla tan bien empleada. Quedó tan loca la enamorada doncella que bañando el rostro de encendidas colores, lo atribuyó su padre a su acostumbrada honestidad. Reportada del repentino gusto, respondió que no tenía más voluntad que la suya, que el no haberle obedecido nacía de su mucho amor, por no apartarse del amoroso nido. Agradeció su padre que se mostrara obediente y pareciéndole había vencido un imposible, sin esperar a más dilaciones envió a llamar a Antonio Milanés. Y quedando asentado el casamiento, le suplicó tomase a su cargo la disposición de todo, respeto de sus muchos achaques. Estimó en mucho el cargo que se le daba, quedando de acuerdo sería el desposorio dentro de quince días. Y despedidos, se fue Antonio Milanés, acompañado de los caballeros más nobles de Zaragoza, a convidar al Corregidor para que apadrinase tan festivas bodas, tratando de que dentro de cuatro días fueran las capitulaciones. Enviando tantas y tan ricas joyas y costosas galas, que a todos les pareció pasaban a exceso, dando a todos los que fueron a ellas lucidas curiosidades de lienzos, guantes y otras cosas.

Pasó el venturoso amante con mejor fortuna aquellos días, gozando las noches honestos favores de su amada esposa. Llegado el día señalado, se fue la señora Corregidora, acompañada de dos amigas que gustaron de servir el oficio de camareras a casa de Octavio Esforcia. Aderezaron a la desposada con un vestido de color de perla con

asientos de oro, enlazándole el hermoso y dorado cabello con unos hilos de transparentes perlas, quedando tan hermosa que puso en admiración a aquellas señoras. Y bajándola el Corregidor de la mano, entraron en las carrozas. Y acompañados de la nobleza de Zaragoza, llegaron al templo de la Virgen del Pilar, y celebrados los oficios divinos y recibidas las bendiciones, volvieron a casa de Octavio Esforcia. Tan tarde que, por no embarazar el gusto de la prevenida y opulenta comida, no se dio nada por desayuno, divirtiendo el breve rato una encamisada que tenían prevenida los criados y mozos de cocina. Vestidos ridículamente, con diversos instrumentos entraron en la sala, bailando, cosa que dio a todos sobradísimo gusto. Y llegada la hora, ocupando las blancas y olorosas mesas, comieron, al son de diversos instrumentos, costosos y regalados platos. Acabada la comida y tomada aguamanos de ámbar, vueltos a sus asientos y pasada una hora de sosiego, danzaron todos los caballeros, sacando a las hermosas damas.

En esto y en otros gustosos juegos se pasó lo restante de la tarde. Margarita, que era sazoadísima, pidiendo licencia para salir allá fuera. Don Pedro Maza, picado de la agudeza de sus dichos, se levantó a tenerla, diciendo:

-En verdad, mi señora que con licencia del señor Carlos Milanés, que habemos de danzar los dos, porque me han alabado mucho su despejo y tengo deseo de verle.

-Hánle engañado a vuesa merced, mas con hacer lo que supiere cumpliré lo que debo.

Y mandando que le trajeran una harpilla pequeña, y don Pedro con una vihuela, danzaron los dos una pavana con airosas y diversas mudanzas. Quedó tan enamorado que propuso en su corazón pedirle por esposa.

Y recibidos los aplausos de todo el auditorio, avisando Antonio Milanés que esperaban las mesas, cenaron con mucho gusto y mayor admiración de tan suntuosos y magníficos banquetes. Dando sobremesa las debidas gracias, les pareció dar lugar a que los contentos desposados gozasen el deseado retiro, convidándoles Octavio Esforcia para el día siguiente.

En diversos pensamientos lo pasaron Margarita y don Pedro lo restante de la noche, que no le pesara a la hermosa dama de verse tan bien empleada. Y venido el día siguiente, por detenerse las demás en sus curiosos tocados, era el mediodía cuando llegaron a la gustosa junta; y así, le pareció a Antonio Milanés no dar nada de desayuno. Entretúvose el breve rato en darle algunos motes a la desposada, preguntando cómo la había pasado. A que Carlos tomó la mano en defender a su señora.

Pasada la comida, vueltos a sus asientos, se trató de en qué se entretendría aquella tarde. Diéronse varios pareceres, y Margarita, deseosa de darle a don Pedro alguna ocasión, dijo a todos:

-Lo mejor será, respeto del cansancio que tuvimos ayer con los muchos juegos y bailes, que se haga una academia en que estas damas den asunto a los caballeros, y sean

obligados a responder en verso lo que cada uno supiere. Y el señor Octavio Esforcia, como dueño de todo, será el juez, sentenciando los premios merecidos.

Parecióles a todos bien, y el juez respondió:

-Pues no he de reservar a mi hija, que no la ha de valer la medida de desposada. Dele asunto el señor Carlos.

Ella, entre risueña y vergonzosa, le dijo:

-Llegó mi esperanza al puerto.

Agradecido Carlos el jeroglífico, conociendo el gusto que le bañaba el pecho y elevada en él la vista, dijo así:

*Engolfado navegaba  
el mar incierto de amor,  
y remando en mi dolor  
el corazón zozobraba;  
era la tormenta brava,  
salió el Norte y descubierta,  
me guió con tal acierto  
que, siguiendo su hermosura,  
viento en popa mi ventura,  
llegó mi esperanza al puerto.*

Celebraron todos la enamorada respuesta, y el juez mandó que se le diera premio. Dióle la hermosa Teodora un corazón de diamantes y volviéndosele a prender, le dijo:

-Pues no tengo en quién emplearle, será ocioso el recibirle; pues reináis en el que tengo, eso me basta.

Cualquiera razón de los desposados renovara el gusto de los presentes. El juez mandó a la hermosa Margarita diera asunto a don Pedro Maza. Había en el auditorio algunas damas apasionadas, en particular, la hermosa Bernarda, con quien había estado tratado de casar y por causas indiferentes don Pedro había despreciado el casamiento; temerosa Margarita de que le sucediera lo mismo, mirándole con un gracioso desdén, le dijo:

-Bandolero es el amor.

El discreto amante, reconociendo su temor, la quiso asegurar en la décima siguiente:

*¿Por qué llegáis a culpar  
en Cupido los despojos,  
cuando le dan vuestros ojos  
las flechas para tirar?*

*Vos s6is quien sale a matar,  
no culp6is al ciego dios;  
y aqu6 para entre los dos,  
bella y tirana homicida,  
pues ya me quit6is la vida,  
la bandolera s6is vos.*

No le pes6 a Carlos de ver tan declarado a don Pedro, y la noche antecedente, hablando con su nuevo padre, le dio a entender no le pesar6 de ver a su hermana tan bien empleada. Mand6 el juez se le diera premio, y la hermosa dama le dio un curioso y esmaltado cabestrillo.

Y mirando Octavio Esforcia a la hermosa Anarda, le dijo le diera asunto don Luis Esforcia, su sobrino. Era Anarda de dieciseis a6os, de extremado despejo, singular hermosura y conocida nobleza. Am6bala don Luis tern6simamente, aunque no lo explicaba por palabras expresas por ser de natural vergonzoso y encogido (propia condici6n de quien sabe poco). Sent6alo Anarda, y quiso darlo a entender. Mir6ndole con un sobrecejo de grave honestidad, le dijo:

-Amor pierde por callar.

Reconoci6 el enamorado mancebo su disgusto. Determinado a declararse, la quiso satisfacer en los siguientes versos:

*Anarda, despu6s que os vi  
ardiendo en tan dulce fuego,  
aunque perdido el sosiego,  
es gloria la pena en m6  
con el llanto en que me anego.  
Y pues me mata el rigor  
del ceg6ezuelo traidor  
y est6 mi vida en hablar,  
si amor pierde por callar,  
publ6quese mi dolor.*

Sonri6se don Luis, el rostro con tan encendidos colores que caus6 en todos mucha risa, d6ndole alguna vaya. El juez mand6 se le diese premio, y la hermosa dama le dio una joya de cristal engarzada en oro. Lleg6 a recibirla diciendo:

-Por Dios que, pues estos caballeros se r6en de m6, que les he de dar motivo de mayor risa.

Y al tomar la joya, la as6 la blanca mano, d6ndole en ella un beso recio y repentino. Creci6 en todos el gusto y celebrado el discreto despejo, empezaron unos y otros a glosar de repente muchos y sazonados disparates, pas6ndoles tanta parte de la noche que oyeron

las campanas de maitines, alborotándose por la mala obra que recibían los alegres desposados, mandando a los criados encendieran hachas.

Antonio Milanés, que estaba en la puerta esperando sazón para dar gustoso fin a tan glorioso desempeño, entró en la sala diciendo:

-Paso, señores, que no por media hora más o menos dejaré mi sobrino de gozar los favores de su esposa. Vuestros mercedes han tenido mucha risa, y los juzgo muy enjutos de saliva; y no será razón enviarlos tan secos de garganta.

Acabadas estas razones, entraron cuatro pajes con grandes y colmadas fuentes de costosos dulces. Y llegando dos a los caballeros y dos a las damas, dieron lugar a que tomara cada uno lo que le dio gusto. Pasado el almibarado regalo, se despidieron, renovando los alegres parabienes y dando lugar a que el amante venturoso gozara en pacífica quietud de su amada Teodora.